

Francisco Panera

SIETE CUERDAS

*La revolución puso música a su libertad,
la música revolucionó sus corazones*

Qué distintos, Aitor, estos silencios de tu ausencia
de aquellos otros, cómplices y fraternos,
contemplando tras el parabrisas de tu coche
cómo veloces atravesábamos el mundo.

A mi amigo.

«Todos los escritores que
conozco preferirían ser
músicos.»

Kurt Cobain

I

Allegro appassionato

No, no sois como yo.

Y sería en vano que intentaseis poneros en mi lugar, pues desconocéis qué clase de leña alimenta la lumbre que caldea mi alma.

A veces al escucharlos interpretar, mientras deslizan el arco sobre las cuerdas, levanto la mirada y la enfrento a vuestros rostros. No importa dónde suceda, tampoco importa vuestra edad, siempre ocurre lo mismo. Vuestras caras revelan el efecto que la música causa en vuestros corazones, en vuestras cabezas, en vuestros ánimos, y durante el tiempo en que los músicos manejan tal control en vuestros sentimientos os mantienen en un estado ingrátido, como barcas que flotan en un estanque amarradas a la orilla, y la sogá que os sujeta es un arte invisible e intangible, un arte que flota en el aire mientras lo evocan.

Quizá para algunos afortunados aquellas melodías vuelvan en el futuro a sus oídos, pero para el resto serán historia. Cuando cesen, desaparecerán para siempre, y siempre es demasiado tiempo.

Y así os vais, con una sonrisa a veces, otras con gesto grave o de profunda introspección, os vais mientras en vuestras memorias aún resuenan acordes que ya se han convertido en pasado.

El recuerdo perdurará unas horas, unos días tal vez, pero finalmente asomará la confusión y la música desaparecerá de vuestra memoria. Ocurre siempre.

La melodía que flota en el aire, que compartimos el público y los intérpretes, se disipará y si os ha llegado a emocionar, solo os quedará como premio una profunda desazón, por no poder retener todos aquellos sonos y el anhelo de volver a deleitaros con ellos en el futuro.

Desde la primera vez que escuché aquella música, que escuché la Folia, entendí que el sentido de mi vida debía encaminarse a ser capaz de evocar esos sonidos a propia voluntad, negándome a que el arte más maravilloso y cruel que existe me sume a la condena dispuesta para quienes no consagran su vida a él: al vago recuerdo primero y después al olvido.

Entendedme, entonces, entended que por evitar vuestro anodino destino haré lo que haga falta.

II

París, 21 de enero de 1793

1

Era un artificio tan extraño que al músico le recordó al marco de una puerta, y la porción de espacio que aquellos maderos circundaban, el umbral de esta, a un auténtico punto de acceso a la muerte. Una puerta que se abre cuando la pesada cuchilla de acero se alza por los carriles de la guillotina, y que tras el portazo que es su caída en busca de una garganta, se lleva una vida al otro lado de aquel umbral por el que ahora solo se veía un cielo azul de invierno, salpicado de pequeñas y muy lejanas nubes blancas.

El condenado había llegado a la plaza de la Revolución en un carruaje fuertemente escoltado, no en vano la ciudad estaba tomada por miles de soldados. Cuando subió al cadalso se abalanzó contra la balaustrada para dirigirse a la multitud.

—¡Pueblo de Francia!, muero inocente.

No pudo decir más, los tambores comenzaron a redoblar enmudeciendo sus palabras y no cesarían hasta que la cabeza de Luis Capet, como ahora se trataba al que hasta hacía poco fuese conocido como Luis XVI de Francia, fuese cercenada. Sus manos portaban un libro de salmos, a cuyas tapas de cuero sus uñas se clavaban como garras, sujetándose al libro como un náufrago se aferra a un madero en un hundimiento, y así resistía a que sus manos le fuesen atadas a la espalda, aunque finalmente accedió derrotado.

—Tomadlo como un último sacrificio, majestad —le solicitó el abate que le iba a asistir en tal trance.

Compungido y arrodillado ante el cura en la tarima del patíbulo que se levantaba un par de metros sobre la multitud, recibió su bendición. Tomó aire e intentó serenar su respiración agitada, para después alzarse.

Apretando los labios aguantó la humillación de que le fuese cortado el cabello y desposeído también del cuello de la camisa para facilitar la labor del célebre Charles Sansón, verdugo jefe de París.

Antes de ser acoplado sobre la plancha de madera que le situaría en posición de ser decapitado, se dirigió al clérigo y a su ejecutor.

—Caballeros, muero inocente de todo lo que se me acusa... perdono a quienes me matan y pido a Dios que mi sangre no recaiga sobre Francia —pronunció emocionado y abatido, lamentando ahora en el momento del final un cúmulo innumerable de hechos y decisiones que le habían conducido a su trágico destino.

El redoble de tambores se alzó en intensidad, su sonido era un trueno que irrumpía desde el interior de la tierra, mientras los miles de congregados en la plaza alzaban sus cabezas poniéndose de puntillas para no perder detalle del instante final.

El gentío ofrecía un respetuoso silencio, pero algunas voces que salían de entre la multitud pugnaban por imponerse al estruendo de los tambores clamando por el fin definitivo de la monarquía.

—¡Muerte a Luis XVII! ¡Muerte a Capet!

Algunos, los que ocupaban las posiciones más próximas al patíbulo, comentarían después que llegado el momento final el rey pataleaba sobre la plancha a la que estaba atado y gritaba negándose a morir.

En el instante previo a que la hoja afilada se arrojase sobre su cuello, fueron las palabras del cura lo último que escucharon los oídos del rey.

—Hijo de San Luis, ¡mirad al cielo!

Desde una posición alejada, mezclado entre la muchedumbre, un hombre asistía por vez primera a una ejecución.

—¡Atroz! —susurró Louis de Mallet girando la cabeza, incapaz de contemplar la decapitación cuando la pesada hoja descendió rauda segando la vida del rey.

Una parte del gentío permanecía mudo, intuyendo que lo sucedido trazaría un cambio de rumbo en la línea de la historia. Otra parte, la mayoría de los presentes, simplemente estalló en júbilo, y de aquellos, un grupo reducido poseído por un espontáneo fanatismo intentaba abalanzarse hacia el cadalso.

Sansón el ejecutor, como solicitaba que se le llamase por considerar indigno de su oficio la palabra *verdugo*, mostraba la cabeza cercenada del rey a la multitud, al tiempo que aquellos exaltados lograban sobrepasar el cordón que formaba la guardia alrededor del escenario de la ejecución. Algunos untaron sus pañuelos en la sangre del monarca que se derramaba por entre los tablones de la tarima mostrándolos al gentío, a la vez que un reducido grupo, ante la mirada horrorizada de los presentes, mancharon sus manos y rostros con la sangre del monarca, extendiendo sus brazos como si ellos, al igual que Sansón, también sostuviesen la cabeza del rey.

El redoble de los tambores ya había cesado y en la plaza solo se escuchaban vítores a la patria y a su revolución.

Louis pensó que no había sido una manera digna de morir. ¿Merecía el rey la muerte? Seguramente sí, pues desde el levantamiento del pueblo, hacía ya casi cuatro años, no había cesado en continuas conspiraciones, incluso ahora que la nación se batía en el frente de batalla, el rey se aliaba con el enemigo con el único fin de recuperar sus privilegios depuestos. Por tanto, pensaba Louis, era de justicia su sentencia a muerte, pero aquel espectáculo denigrante despertó entre numerosos entusiastas de la república como él era una sincera desaprobación.

Ahora volvían a su memoria las historias truculentas escuchadas a soldados licenciados o a jóvenes regresados del frente, que en las tabernas y con todo lujo de detalles narraban para regocijo de la concurrencia cómo habían matado a un enemigo o cómo se habían divertido torturando hasta la muerte a algún prisionero.

Louis nunca había participado en batalla alguna, ni servido al ejército, era pues un privilegiado en ese aspecto, y en algunos otros más también. La procedencia de la cuna marca la vida de los hombres, al menos así había sido hasta esos tiempos convulsos que corrían. A sus casi cincuenta años se lanzaba con entusiasmo a los ideales de la revolución. Había conocido mundo, especialmente entrañables eran los recuerdos que albergaba de su estancia en Viena formando parte de orquestas y habiendo hecho sonar su violín a las órdenes del joven Maestro, del más grande de los maestros, pero su pasión musical era la viola, la maravillosa viola da gamba¹, un instrumento maravilloso que poco a poco se iba viendo relegado por argumentos tan absurdos como los que lo asociaban con gustos propios de la nobleza, hasta otros menos sólidos y cambiantes a los dictados de las modas, que se inclinaban por el violonchelo, instrumento de una sonoridad más rotunda.

Louis dominaba a la perfección la interpretación a violín, violonchelo, clavecín... pero la viola era especial, era distinta. En su opinión, el sonido de la viola da gamba ofrecía tantos registros similares a la voz humana que lo convertían en un instrumento inigualable.

Un extraño impulso vital le guiaba a la hora de acercarse a este instrumento, tal y como aquel que recurre a una vieja amistad en un momento de necesidad. Cuando lo hacía, lo tomaba con mimo, lo sujetaba entre las piernas y se acomodaba lo mejor posible para interpretar, porque una vez que hiciese que sus siete cuerdas hablasen no tornaría a posición más liviana hasta que

1 La viola da gamba es un instrumento de cuerda. Se toca frotando dichas cuerdas con un arco, aunque en algunas composiciones también se utilizan los dedos a modo de guitarra. Para interpretar se sujeta el instrumento entre las piernas (de aquí el nombre *da gamba*, en italiano 'de pierna') al estilo de los violoncelos, pero a diferencia de estos no se apoya en el suelo. Puede tener seis o siete cuerdas.

la viola hubiese terminado de transmitirle lo que ese día llevaba dentro. Tomaba el arco manteniendo la palma de su mano hacia arriba y lo acercaba al máximo a las cuerdas, pero sin llegar a tomar contacto con ellas. Unas veces revisaba la partitura, otras tocaba de memoria o “de corazón”, como solía decir. En el instante que su mente identificase como adecuado, su brazo iniciaría el movimiento, restallando el sonido en la caja de madera, pulcra, noble, preciosa. Deleitándose en el credo de que no era él quien generaba aquellas armonías, que su brazo que agitaba el arco, que sus dedos que apretaban las cuerdas de tripa saltando entre los trastes del mástil, eran el medio empleado por el propio instrumento para manifestarse, haciéndolos suyos.

Tales cavilaciones hacían al músico avanzar por senderos que le conducían a un estado místico, a sumergirse en una particular abstracción que le hacía olvidar cosas tan banales en esos instantes como la propia vida.

Tras el espectáculo de la sangre sintió la necesidad de regresar a su pensión, encerrarse en su cuarto con la viola y dejar que ella descargase de su mente un mal presagio que iba tomando forma, un temor absurdo que de improviso le amedrentaba, una especie de revelación quizás soñada pero que, como a casi todas, el alba las arroja al olvido y la confusión, al arrancarlo del mundo de los sueños.

Caminaba entre el bullicio, las calles de alrededor de la plaza de la Revolución estaban atestadas de gente, cualquiera podía percibir que en el aire flotaba una algarabía extraña. Alegría en muchos rostros con los que se cruzaba, temor en unos pocos, pero en todos el mayor de los asombros.

Unos metros por delante de él, por la estrecha y sucia callejuela que le acercaría a la quietud de su cuarto, un grupo de hombres cruzó en tropel desapareciendo por un cantón adyacente. Al llegar a la altura de la bocacalle, un intenso murmullo y algunos

gritos aislados llamaron su atención. Descubrió como en una pequeña plazoleta cercana un nutrido grupo de personas permanecía mirando en una misma dirección. Como desde su posición no podía percibir con claridad lo que estaba sucediendo, para cuando se dio cuenta sus pasos ya le habían acercado hasta aquel lugar situándole en medio del tumulto que centraba su curiosidad en una vivienda. El ruido inconfundible de varios pares de botas que descendían aceleradas por las escaleras de madera del inmueble pronto desvelaría el sentido de tanto interés.

Por la puerta de la casa apareció una hermosa muchacha que a pesar de su resistencia era llevada en volandas por varios guardias. El hilillo de sangre que se derramaba de sus carnosos labios delataba que el forcejeo de la joven con sus captores le había acarreado sufrir algún que otro golpe.

La chica, de poco más de veinte años, se debatía furiosa entre los brazos de los tres guardias que porfiaban por mantenerla sujeta. Algún comentario que Louis no llegó a escuchar con claridad debió hacer alusión a este hecho, ya que levantó las risas entre el gentío más adelantado que se agolpaba a las puertas de la casa. Uno de los guardias, herido en el orgullo por las chanzas de la concurrencia, abofeteó a la muchacha con tal fuerza que toda su melena rubia voló por los aires como si de un estallido se hubiese tratado.

Los ojos de la chica cruzaron por un instante por delante de los de Louis. Su rostro bello, su delgada y estilizada garganta que sin duda habría empujado a varios hombres al deseo de tener para sí un espacio tan delicado para besar, despertó en el músico el temor porque el hambre de la cuchilla que seccionaba gargantas hiciese presa en la de aquella joven mujer, que una vez encajado el bofetón se giró rabiosa encarando su mirada con la de su agresor, pero ya no hubo más resistencia al escuchar las súplicas de su madre.

Tras la aparición en tropel de la chica y sus captores por la puerta de la casa, asomaba ahora la figura de una mujer de mediana edad también apresada, que con sus manos entrelazadas suplicaba a aquellos hombres por la libertad suya y de su hija.

Tras ella, tranquilamente y en actitud distendida, aparecieron dos hombres que departían sonrientes como dos cazadores observan a una preciada presa obtenida ante el asombro de sus compañeros de batida.

Louis identificó al uniformado como capitán de la guardia, en cambio su acompañante vestía prendas de paisano. La escena comenzaba a dibujarse como una delación más.

Se diría que el extraño ambiente que Louis percibía flotar en el aire de la ciudad tras la ejecución del rey se estaba condensando en aquel rincón de París. Nerviosismo en las miradas, excitación en los ánimos... ¿En el suyo también? Posiblemente sí, y una inquietante expresión neutra en muchas caras, similar a la que ofrece el retratista sobre un lienzo que esboza un semblante en sus primeros trazos, sin dotar aún al rostro que dibuja de una expresión reconocible.

Rondarían los congregados ya la centena, cuando Louis se giró molesto por un empujón sufrido que a punto estuvo de derribarle.

—¡Abrid paso, abrid paso! —ordenaba un tipo enorme, de poblada barba y rostro iracundo que avanzaba a empujones entre la muchedumbre.

—¡Dejadle paso, es el padre de la chica! —exclamó una mujer reconociéndole al cruzar por su lado.

—¡Es el panadero! —pronunció otra voz revelando a los presentes la identidad de quien, como un torrente, se abría paso entre los congregados, un tumulto que era contenido por media docena de guardias. Superado aquel débil cordón de seguridad,

la enorme figura del padre de la detenida se dio de bruces con el capitán de la guardia y el ciudadano que le acompañaba.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Con que motivo las apresáis?

El capitán retrocedió molesto un par de pasos tras el encontronazo.

—¡Sois entonces el panadero! —pronunció con un forzado aire de solemnidad el acompañante del capitán.

—Lo soy —respondió tranquilo para después girarse y observar el rostro de su hija y cambiarle por completo la actitud serena que solo por un par de segundos había logrado ofrecer.

—¡La habéis golpeado!

—¡Apresadle! —ordenó el capitán a sus hombres en el momento que el panadero se remangaba los brazos preparándose para repartir golpes.

La media docena de guardias se abalanzó violentamente sobre él, sin medir el uso de fuerza, previsores de que ofrecería una resistencia similar a la de su hija, y que llegado el caso tendría unos efectos más severos con ellos que los arañazos que a un par de compañeros les había infligido la chica al ser apresada.

Derribado en el suelo, casi asfixiado por la presión de los cuerpos de sus captores, tras sufrir varias patadas y puñetazos, abandonó toda resistencia dejándose maniatar. Una vez inmovilizado fue puesto en pie.

—¿Pero de qué se nos acusa? —preguntó jadeante.

—De traición —pronunció con desgana el acompañante del capitán. Seguidamente descubrió su cabeza del sombrero, se atusó ligeramente la abundante pelambreira rubia volviéndose hacia la multitud, como si presintiese que entre todas las miradas había una que reparaba en él de manera especial, y así ocurrió que solo por un breve instante sus ojos se cruzaron con los de Louis, suficiente para reconocerse mutuamente.

—¡Gilles! —susurró Louis para sus adentros al descubrirle en París y retroceder unos pasos para no ser visto.

—¡Traición, traición! —resonaba como un eco en varias gargantas como si un oculto resorte las hubiese activado. ¡Traición!, la palabra precisa para que los engranajes de la justicia popular para unos, o locura para otros, se pudiese de nuevo en funcionamiento y así neutralizar a los elementos que supusiesen un peligro para el nuevo orden de justicia y fraternidad del que el pueblo se iba a dotar.

Corrían tiempos inciertos para la revolución, a los enemigos externos del país, en definitiva, todos los estados europeos, se sumaban quienes conspiraban desde el interior, bien fuese por ser partidarios del régimen anterior o por desavenencias entre distintas facciones revolucionarias.

La nueva política puesta en práctica a golpe de delaciones, juicios sumarísimos y guillotina se estaba mostrando de lo más eficaz, pues el miedo calaba hondo en el enemigo, y en otros que ni siquiera supusieron un día serlo también, porque esa palabra, *enemigo*, saltaba de la boca de unos a la de otros de manera rápida e inesperada, convirtiendo en cotidiano ver acusado hoy a quien ayer era acusador.

En ese momento irrumpió en la plazoleta la carreta de la guardia con su jaula de hierro para trasladar a los detenidos. El fornido mulo que tiraba lento de ella detuvo el carruaje frente a la vivienda.

—No somos traidores, ¡cometéis un terrible error! —proclamaba el panadero, quien, empujado por los guardias, era acercado a la carreta.

—¿Error dices? El error fue no haber cortado vuestras cabezas hace tiempo —respondió Gilles volviendo su atención a los apresados.

La multitud permanecía inquieta. A juicio de Gilles se hacía necesario ofrecer una explicación para que entendiesen por qué sus vecinos eran conducidos ante la justicia. Avanzando un par de pasos hacia la muchedumbre matizó sus palabras.

—¡Se les acusa de usura, asesinato y traición! Robaron y escondieron grano y harina durante la hambruna de la primavera de 1789, aprovechando las circunstancias para venderla a un precio desorbitado, supongo que no habrá pasado tanto tiempo para que se os haya olvidado...

Un murmullo de desagrado se levantó entre los asistentes.

—Eso es absurdo —exclamó el panadero en su defensa, y a punto de ser introducido en la jaula del carromato—, en todas las tahonas ocurría igual, apenas había harina o cualquier otro alimento, ¡sabéis que es así! —Expuso girándose ahora a sus vecinos, que asentían en su mayoría la respuesta del panadero—. Y además, ¡dices que la robábamos! ¿De dónde? ¿Y a quién? Si no había donde ni a quien robar. ¡Tus acusaciones son absurdas!

—sentenció gritando para terminar.

De seguido el gentío se giró buscando la repuesta del apuesto caballero que acompañaba al capitán.

—Pronto pagarás por tu crimen y está por ver en qué grado recibiste la colaboración de tu esposa e hija, porque no es eso lo peor —exclamó dirigiendo al detenido su dedo acusador y en voz bien alta para que cualquiera pudiese escucharle claramente—, lo más terrible es que tras la gloriosa toma de la prisión de la Bastilla por parte de los ciudadanos de este castigado París, temerosos de ser descubiertos en vuestra fechoría, abandonasteis de noche tres costales de harina envenenada por estas calles. Harina que, con la llegada del alba, aquellos que la encontraron, empujados por el hambre y sin reparar en lo extraño de tal hallazgo, acapararon la mayor parte posible, elaborando alimentos en sus hogares y repartiéndolos entre los suyos. Supongo que

ninguno habréis olvidado aquel trágico episodio. ¿Cuántos cayeron muertos? ¿Cincuenta? ¿Fueron más? Lo importante ahora es que tras una minuciosa investigación la justicia está en disposición de resolver tan despreciable crimen.

La multitud estalló en un murmullo hostil. El panadero y su hija permanecían junto a la carreta sin aún haber sido introducidos en la jaula para los detenidos, como ya estaba la madre. Los guardias, al igual que el resto de los presentes en la plaza, permanecían atentos e indignados escuchando aquellas acusaciones.

—¡Eso es mentira! Aquellos sacos de los que hablas estarían en mal estado, quizá corrompidos por los hongos o las ratas, pero no salieron de nuestra tahona, ¡os lo juro! —gritó la chica.

—Aunque esa harina la hubiesen corrompido los hongos o las ratas, poco os importó que ese alimento llegase a las mesas de ciudadanos hambrientos, terminando con las vidas de tantos inocentes, posiblemente con la de algunos amigos o parientes de los que ahora mismo pueden estar aquí —sentenció buscando en la multitud apoyo y complicidad.

—¡Dos de mis sobrinos murieron por culpa de aquella harina! —exclamó un hombre colérico que ahora buscaba la mirada del panadero intentando reconocer en sus ojos al culpable de aquel trágico episodio.

—¡Mis hijos, mi padre, mi esposo! —No eran pocas las voces airadas que se estaban levantando.

Aunque en aquellos lejanos días los rumores fueron muchos, las teorías acerca de por qué una harina contaminada apareció en las calles envenenando a quienes la ingirieron apuntaban a sospechar contra los afectos al régimen anterior, dando por hecho que por pura venganza habrían ido sembrando París de sacos de harina en tan mal estado que era capaz de provocar la muerte poco tiempo después de ser consumida, entre ahogos y repentinas toses. No les costó a algunos cabecillas revolucionarios

y sectores interesados hacer suya tal teoría. Ahora, tras un lapso de cuatro años, aquel enigma se planteaba con otra lógica. Por fin alguien señalaba a un culpable concreto.

El ambiente era extraño, la mañana era extraña, un rey acababa de ser ajusticiado y la cuchilla de la guillotina quizá aún estuviese humedecida por la sangre del Borbón. El pueblo anhelaba justicia, hora era por fin de desenmascarar a todos los traidores, y ese día, precisamente ese mismo día, era el día de la justicia.

La mayoría de los allí reunidos habían asistido a la ejecución del rey y un impulso escondido en sus adentros, quizá un sentimiento vital mezcla de justicia y de venganza, estalló en sus pechos con la fuerza que lo hacen los cañones.

Primero voló arrojada una piedra, después algún guijarro más desprendido del maltrecho adoquinado de la plazuela. Un par de ellos impactaron en la cabeza de la joven panadera. Perder el conocimiento le ahorraría ser testigo de su inminente destino.

Los guardias apenas podían contener a la multitud, ¿acaso debían descargar la ira de sus sables contra ciudadanos encolerizados, tan sedientos al igual que ellos de justicia? Evidentemente ni siquiera se les pasó por la cabeza. En cuanto la presión de la muchedumbre sobrepasó el débil cordón de seguridad que la media docena de guardias formaban alrededor de los detenidos, se echaron a un lado y dejaron hacer a la multitud.

El panadero, con las manos atadas a la espalda, intentó en vano convencer al gentío de su inocencia, sin apartar los ojos de su hija herida en el suelo. La vio de repente desaparecer engullida por un grupo de mujeres que se le abalanzaron. A él también le derrumbó una fuerza similar a la de una ola, después recibió una cuchillada en el vientre, después otra, luego otra, y otra, y otra más... Desde la jaula, la esposa y madre gritaba horrorizada aferrada a los barrotes.

Aturdido Louis por lo que repentinamente había sucedido, alternaba sus miradas entre la muchedumbre colérica y Gilles, que en la distancia retrocedía asombrado, sorprendido por el efecto que sus palabras habían obrado en aquella gente.

Unos instantes después la multitud se fue abriendo en corro descubriendo los dos cuerpos muertos. Aquellos vecinos que presentaban manchas de sangre en sus manos y ropas, o bien las intentaban ocultar o se alejaban del lugar. La guardia fue retomando el control de la situación, pero tan solo para que los curiosos se apartasen de los cadáveres.

—¡Devastadora!

—¿Cómo has dicho? —cuestionó el capitán a Gilles.

—El pueblo, su ira y su justicia... ¡devastadora!

—Ha sido más propio de bestias que de hombres. Para hacer justicia están los tribunales, y un tribunal debería haberles juzgado y, llegado el caso, condenado.

—Sabemos que eran culpables, capitán, ¿qué podía haber hecho la guardia? ¿Emplearse contra quienes han vengado el asesinato de sus allegados? —apuntó Gilles en tono displicente.

—Culpables, dices. ¿Y la hija o la esposa también?

—La esposa está dentro de la jaula y a tenor de lo que grita, juraría que sigue viva.

—Debería arrancarte la lengua. ¡Tú has instigado a la muchedumbre a que actúe así! —Dándole un empujón lo apartó de su lado haciendo que tropezase y se fuese al suelo—. ¡Guardias! Subid al carro esos dos guñapos y vayámonos a la jefatura

—ordenó apartando a empujones a cuantas personas le salían al paso mientras cruzaba la plaza para irse de allí seguido por sus hombres.

Los guardias obedecieron introduciendo dentro de la jaula en la que estaba la mujer los cadáveres de su esposo e hija,

desatándose una escena desgarradora que no dejó indiferente a ninguno de los que allí estaban.

Al tiempo que el capitán se alejaba tras el siniestro cortejo, que era la carreta con una detenida y dos muertos, Gilles, que ya se había incorporado adecuándose el sombrero, pues lo había aplastado al caer sobre él, volvió a interpelar gritando al capitán.

—La justicia del pueblo, capitán, ¡la justicia!

El militar que continuaba alejándose alzó su mano izquierda en un gesto despectivo intentando transmitir su repugnancia.

Louis de Mallet aún permanecía en mitad de aquel lugar, sus piernas parecían haberse petrificado, era incapaz de moverse, lo vivido en apenas dos horas le había dejado fuera de lugar.

Primero la ejecución del rey y ahora aquel linchamiento. Ciertamente el mundo estaba cambiando.

Al ir desapareciendo el gentío, su figura se hizo totalmente visible a los ojos de Gilles.

—¡Berrogain!

La exclamación de aquel apellido, el verdadero nombre del linaje de Louis, heló la sangre al músico. Antes de desaparecer él también entre la multitud por las estrechas calles que partían desde aquella plazoleta, tuvo tiempo de clavar su mirada en la del delator. Este le sonrió y con su dedo índice le indicó que se acercara, posibilidad que Louis desdeñó girándose para desaparecer de su vista.

Aunque Gilles estuvo tentado a seguirle, optó por dejarlo para otra ocasión, pues ya daría con él, siempre daba con quien se propusiese y ahora era tiempo de recrearse en lo acontecido. Tranquilamente se encaminó en dirección contraria a la que había tomado Louis con ese aire tranquilo y despreocupado que experimenta aquel que se siente plenamente satisfecho. Se alejó en busca de una taberna para celebrar lo acontecido

ese día, no todas las jornadas se decapita a un rey ni se celebra tal éxito en el propio trabajo.

Louis

Reencontrarme con Gilles me ha dejado desarmado. Regresé a casa compungido, con la necesidad de desahogarme con la viola, pero apenas la he hecho sonar unos acordes, hoy la música avivaba más mi pesar, ¿cómo es posible que una persona cambie tanto?

Ahora que vuelvo a escribir empiezo a sentirme mejor, no lo hacía desde que mi tío Tesor me obligaba cada sábado a hacer un repaso día por día y confeccionar un resumen de lo acontecido en la semana. Al final el viejo consiguió que desarrollase una gran memoria, aunque a veces hay recuerdos que me asaltan y se muestran como una fantasía. Me pregunto si serán sueños que se entremezclan con sucesos del pasado, o si es la música que me lanza por derroteros soñados o vividos, pues en ocasiones la frontera entre estos dos aspectos es difusa. Y así, ocurre que, abstraído, me entrego a una sensación que a veces confunde lo real con lo fantasioso. Es posible que tenga algo que ver con ello el Gran Mal² que padezco.

2 La expresión *Gran Mal* aparece en la Francia Medieval, traducida de la denominación que Hipócrates había dado a la epilepsia (*Morbus Maior*).

Han sido muchos los sobrenombres empleados con los que a lo largo de los tiempos se han referido a la epilepsia: Mal de San Juan, en referencia a la cabeza de san Juan Bautista; Gotacoral, por ser como una gota que cae sobre el corazón; Enfermedad Negra; Mal de Corazón, etc. La lista de acepciones sería tan inquietante como extensa. El enfermo epiléptico durante muchos siglos fue repudiado, básicamente por miedo y para evitar un supuesto contagio. Su vida estaba marcada por un estigma social, del mismo modo que sucedió con la lepra, convirtiéndole en un paciente maldito acosado por la incomprensión, el desprecio y, con frecuencia, la ira de sus congéneres. A finales del siglo XVIII la epilepsia comienza a ser considerada como una enfermedad, y que como tal es necesaria combatir empleando remedios médicos, huyendo de los métodos supersticiosos que se venían empleando desde la antigüedad. No será hasta mediados del siglo XIX, a medida que los conocimientos físicos y médicos sobre la epilepsia aumenten, cuando aparezcan los primeros tratamientos, aunque aún con un muy bajo porcentaje de éxito.

Si interpreto me sumerjo en mi alma, en un cúmulo de sensaciones placenteras. Si escribo y soy sincero conmigo mismo, quizá descubra esa alma en un espejo que puede ser este papel. En cualquier caso, todo esto puede ser un simple juego, de sobra sé que lo que mis ojos han visto esta mañana es real y ahora tengo miedo de que en cualquier momento él aparezca y deba enfrentarme a un episodio sin cerrar del pasado, que cada día que pasa se me dibuja más confuso, y mi mente traicionera me quiere llevar allí de nuevo, a aquellos días felices en Viena.

V

El viaje al sur

1

Apenas le costó a Gilles unos días acoplarse a la orquesta, tanto para ensayar como para ejercer su influencia política, de tal manera que aquel proyecto vio la luz de una manera definitiva.

A lo largo de dos semanas ofrecieron cinco actuaciones en París. La respuesta del público fue tan entusiasta que se extendió como una mancha de aceite el mensaje de que una orquesta ofrecía al pueblo la música que hasta hacía bien poco había estado al alcance casi en exclusividad de los más privilegiados del régimen anterior, actuando en teatros o en iglesias, pero siempre a un módico precio, para lograr así la autofinanciación de la orquesta.

Gilles se convirtió en el promotor de todas las actuaciones, sus buenos contactos con los jacobinos y varias instancias del poder revolucionario abrían las puertas a un proyecto que ofrecía con gran entusiasmo: «Demos al pueblo el placer de la música, pues además de atender a sus necesidades básicas y sus derechos inalienables, ¿qué más revolucionario puede haber que enaltecer su alma con el arte secuestrado hasta ahora para el único disfrute de un puñado de privilegiados?».

El sentido de su mensaje calaba en todas las sensibilidades que en cualquiera de sus variantes políticas apoyaran la revolución. En ese gesto reconoció Louis sin nunca hacérselo saber que había obrado con astucia no intentando ganarse únicamente el apoyo de sus camaradas jacobinos, sino sugiriendo a cualquiera

lo conveniente de apoyar tal proyecto, que no debería circunscribirse únicamente a París, pues el cometido de aquella orquesta sería recorrer Francia actuando en el mayor número de lugares posibles.

Las autoridades vieron con buenos ojos la iniciativa siempre que lograrse autogestionarse, así pues, se creó rápidamente una empresa a la que al frente se situaron Gilles como gestor y Louis como director de orquesta, a quien aquella situación se le había escapado por completo de las manos. El temor de algunos músicos a que sus verdaderas identidades fuesen descubiertas ahora que estaban adquiriendo cierta notoriedad y fama se acrecentaba día a día. La orquesta debía haber sido su refugio, pero se habían convertido en rehenes de Gilles, quien por su parte seguía investigando discretamente sus identidades y pasados. Normalmente lo que descubriría no era de su agrado, pero cualquier animadversión se disipaba al escucharlos interpretar.

Cierta noche, tras una actuación memorable, Gilles se llevó a Louis a tomar un par de tragos a una taberna. Las negativas del director no fueron tenidas en cuenta y sujetándole con disimulo del brazo salió con él del teatro.

—Supongo que estarás al tanto de las identidades reales de los miembros de la orquesta. ¡Hay auténticos traidores a la patria!

—exclamó entre dientes para que nadie le escuchase, pero con toda la rotundidad posible.

—No suponen ninguna amenaza, pero si buscas carne de patíbulo seguro que la encuentras.

—Podría hacerte encerrar por encubridor.

—Quizá en otra situación, pero no ahora.

—No estés tan seguro.

—De lo único que estoy seguro es de que estás lleno de dudas.

—¿A qué te refieres?

Louis vació su cerveza de un trago e hizo al tabernero que rellenara el vaso. Gilles imitó el gesto dejando un par de monedas sobre el mostrador.

—No es sencillo servir a dos amos, así que dime, ¿a quién ofrecerás sincera lealtad?

—¿De qué demonios estás hablando?

—Estoy seguro de que cuando viniste a verme aquella madrugada ya estabas al corriente de sus identidades, al menos de las de la mayoría. Los hay con apellidos problemáticos como yo, o simplemente recaen sobre ellos sospechas por ser parientes o socios de auténticos enemigos a la causa, pero ahora ninguno de ellos supone una amenaza.

—Sometidos al juicio de un tribunal, la mayoría serían considerados culpables de traición, ¿te das cuenta del lío en el que te has metido?

—¿Me he metido? —chisteando los labios el veterano músico negaba con la cabeza—. ¡Nos hemos metido!, no lo olvides.

—Podría aducir que me integré en la orquesta para destapar que no era más que un nido de antirrevolucionarios.

—No lo harías.

—¿Y qué te hace estar tan seguro?

—Esta conversación y tus evasivas para no contestar a mi pregunta: ¿A qué amo servirás?

Gilles apuró media jarra de cerveza de un trago evitando contestar, pero no era necesario, Louis podía hacerlo por él.

—Si reparo en cuando le arrancas música a las siete cuerdas, si contemplo la expresión de tu rostro al recibir el aplauso del público, ya tengo tu respuesta. ¿Servir a la política y a la música a la vez? No podrías satisfacer a dos damas tan exigentes, así que no me vengas con escenas. Esta es nuestra última oportunidad de enfocar nuestras vidas paralelas a la música, ¿qué vas a hacer?

—¡Cállate!

Louis apuró tranquilo su cerveza, respetando el silencio que Gilles necesitaba para asumir todo lo que le había dicho. Era necesario que cesase en su labor de sabueso y sacar definitivamente a la orquesta de París y con ello evitar posibles delaciones ahora que se estaban volviendo tan populares. Solicitó una tercera ronda al tabernero, y seguro de que tenía la pieza a tiro se dispuso a cobrársela.

—No voy a seguir juzgándote, muchacho.

—¿Tú? ¿Juzgarme a mí?

—¿Acaso piensas que no siento desprecio por tu papel? Te he aceptado a nuestro lado tan solo por tus coacciones y amenazas. Que seas el mejor intérprete de la orquesta no tiene nada que ver, nadie es imprescindible, ni siquiera el mejor, pero confieso que ya no puedo más. Si no vas a mantener la discreción, ¡denúncianos de una vez! Pero eso sí: despídete de ella, despídete de la música, porque no encontrarás otra oportunidad como esta. Ahora debes tomar una decisión.

—¿Es un ultimátum?

—¡Pues sí! Pero no temas responder, porque ya conozco tu respuesta. Estás desarmado. La semana próxima abandonaremos París, iremos avanzando hacia el sur, allí el clima es más benigno para mis sufridos huesos y para muchos de tus “compañeros”. Orleans, Tours, Potiers, sería muy grato llegar en primavera a Maule, a Sara...

—¡A casa!

Escuchar la posibilidad de regresar a su tierra dibujó una infantil sonrisa en su cara.

—A casa, ¿por qué no? Hace tantos años que no subo aquellos montes que no pesco en el río... esta orquesta nos ofrece la oportunidad de ser felices.

El joven violagambista se quedó pensativo. Volver a la tierra, oír a las gentes de nuevo hablar *la* lengua, y hacerlo él también.

—*Izango abal zen?*

Hacía tantos años que Louis no escuchaba voces en su lengua materna que percibir aquellas palabras en euskera hizo que le diese un vuelco el corazón. A veces soñaba en ella, no lograba entender por qué en la corta estancia que pasó con Gilles en Viena apenas se habían comunicado en la lengua. Habían estado ya tanto tiempo alejados de su tierra que la misma se les había vuelto un tanto extraña, y ahora la lengua regresaba con una pregunta cargada de esperanza: ¿Sería posible?

—*Bakarrik ibiltzen egin behar da*⁵. Tienes trabajo que hacer: conseguir salvoconductos para todos los miembros de la orquesta. El rostro de Gilles se iluminó, invadido por un inesperado entusiasmo juvenil. Enardecido tomó los brazos de Louis apretándolos con fuerza. El joven comisario político, el tipo arrogante que le había asaltado y agredido en su casa de madrugada, parecía haberse esfumado.

—*Lortuko dugu!*⁶

Louis asintió conforme incapaz de impedir que se le escapase una sonrisa, sus palabras también habían hecho mella en él.

Segundos después, su cara mudó a un gesto inexpresivo, y muy despacio, casi torpe, se llevó las manos a la cabeza. Gilles adivinó que estaba a punto de sufrir una nueva crisis, regresando a su memoria aquella expresión que ya había visto otras veces en su mentor. Louis solo acertó a pronunciar una escueta frase antes de derrumbarse y empezar a convulsionar.

—*Mi cabeza... estalla.*

³ 'Solo hay que echar a andar'.

⁶ 'Lo conseguiremos!'

Gilles, arrodillado a su lado, intentaba detener los frenéticos movimientos de sus brazos y piernas, a la vez que miraba a su alrededor buscando la ayuda del tabernero.

—Dame una cuchara o algo de madera, ¡rápido!

El tabernero asistía asombrado a la escena y tuvo Gilles de nuevo que recabar su atención para que le entregase, ahora sí, una escudilla de madera y colocarla entre sus dientes para evitar que Louis se mordiese la lengua.

—Tranquilo, tranquilo, ya se te pasa... —le susurró al oído.

Poco a poco las convulsiones fueron remitiendo hasta quedar su cuerpo inanimado. Un fino hilo de babas se descolgaba de su boca, incapaz el enfermo de cerrarla y de hacer otra cosa que jadear y abandonarse a aquel agotamiento extremo que poseía su cuerpo.

Solicitó Gilles de nuevo la ayuda del tabernero para tumbarlo en uno de los bancos de la taberna, y pasados unos minutos, con la ayuda de otro miembro de la orquesta al que había hecho avisar, se lo llevaron colgando con los brazos por encima de sus hombros, incapaz Louis de atinar con el paso, arrastrando sus botas, camino de su jergón.

Pasaría casi todo el día durmiendo, y despertaría al día siguiente entre profundos dolores de cabeza, maldiciendo una enfermedad para la que no había ni remedio ni cura, era como un estigma diabólico en opinión de las mentes más simples.

Gilles compadecía a su maestro por tal padecimiento. De joven alguna que otra vez asistió al mismo episodio mientras Louis le impartía clases de música, y a la postre aquel mal contribuyó en gran medida a aumentar el desprecio que el barón, Tresor Berrogain, mostraba por su sobrino.

Tuvo incluso la ocasión de asistir al que fue uno de los mayores golpes sufridos por Louis, cuando entró en crisis en presencia de su prometida. El descubrir aquel retorcido mal en quien iba

a ser su esposo le hizo romper su compromiso, tremendamente asustada.

Aquel golpe hirió profundamente a Louis arrojándole a un pozo de melancolía. Después llegarían otras relaciones, que por el temor a su enfermedad nunca cuajarían en el logro de conseguir una pareja.

Con Louis ya sobre el camastro, Gilles le liberó de las botas cubriéndole posteriormente con una manta. Ante la mirada curiosa del compañero de orquesta, consideró prudente dar una pequeña explicación.

—Padece el Gran Mal, la enfermedad de las convulsiones. Ver como se santiguaba le hizo replantearse el tono de su voz, tornándose esta más severa.

—Ni es la primera vez que le ocurre ni la primera en la que le atiendo. Esta enfermedad irrumpe de sorpresa, pudiendo estar ausente meses o incluso años. Hazlo saber al resto de la orquesta y espero no escuchar idioteces al respecto como invocar protección divina. Esto no se contagia como una gripe. Del único peligro que os debéis proteger es de mí, de sobra lo sabéis.

VI

Bilbao

Siempre hacía lo mismo los días que los músicos ensayaban, Hernando de Asúa, presbítero de la iglesia de Santiago, salía por la puerta que desde la sacristía daba acceso al claustro. Desde allí fingiendo indiferencia escuchaba lejanos los desacordes de los instrumentos mientras se afinaban previos a las interpretaciones y después caminando errático perdía la mirada por el suelo enlucido, por las piedras labradas y retorcidas que daban forma a los arcos góticos que circundan el

claustro con la duda de si esta vez sería capaz de evitar entrar a la nave de la iglesia, de mimetizarse entre las penumbras de alguna de las capillas laterales y desde allí deleitarse con aquella sonoridad que reverberaba por los muros altos del templo, que zigzagueaba por entre las columnas para lanzarse a lo alto y desde el ábside expandirse como un trueno por su iglesia.

La música nunca había ocupado mayor atención en su vida hasta que llegó el francés. Le llamó la atención que a veces aguar- daba a quedarse solo, y cuando el resto de la capilla de música ya se había ido, quitaba la funda de cuero que protegía su viola, aquel instrumento de sonoridad tan distinta al resto y que siem- pre acercaba a los ensayos, a pesar de que en ellos ensayase la ma- yoría de las veces exclusivamente con el violín. El violagambista, alumbrado por un par de cirios, tomaba asiento ante el presbi- terio, acomodaba su postura situando la viola entre las piernas y comenzaba a deslizar el arco por sus siete cuerdas.

¿Qué podía haber en esas notas que parecían a veces gemir, susurrar o respirar? ¿Qué había que hacía tambalearse su fe? Porque la fe de Hernando hacía tiempo que había viajado lejos, y la música parecía querer ocupar aquel espacio desolado que percibía en su alma. Quizá partió por la ría entre la carga de algún mercante, o quizá la arrastraron las lluvias cuando en esos días inclementes en los que las tormentas arrecian Hernando camina bajo los aguaceros empapándose, despertando airados comenta- rios a sus espaldas que ponen en duda su cordura, pero él nunca los rebate. «¡Que hagan chanzas si quieren!», se dice, que ya irán a él y en el confesionario les aguardará bien dispuesto.

La proximidad de la Navidad, al igual que sucede al acercarse la Semana Santa, provoca que los fieles acudan con mayor frecuencia a confesar sus pecados, algo que a Hernando le exaspera, por lo hipócrita de quien reconoce su falta con la seguridad ocul- ta de no evitarlas nuevamente a futuro. Quizá lo que le irrita es considerarse como aquellos que confiesan pecados que ni lo son o que sus angustiadas conciencias se inventan. ¿Cómo decirse que apenas cree en lo que predica, que mantiene tal farsa única- mente por llevar una cómoda existencia?

Pero ese confort ya no le satisface, porque está lleno de

miedo consciente de la crueldad de la condena a los infiernos, que bien tiene ganada y que no podrá esquivar salvo que vuelva a encontrar la senda que le acerque a su marchita fe.

Y así, a veces, mientras alguien confiesa sus faltas, él se pierde en imágenes de tenebrosas cavernas iluminadas por enormes piras, pues el averno de Hernando de Asúa son gigantescas simas donde hombres y mujeres se abrasan en hogueras eternas, y la sola posibilidad de una existencia perpetua, de un castigo sin final, le aterra hasta provocar vértigo, pero desde que ha llegado aquel hombre la música ahuyenta esos temores.

Cae la tarde y aún aguardan un par de mujeres su turno para pasar por el confesionario. Después cerrará las puertas del templo y aguardará paciente a que los músicos lleguen a ensayar.

Una de las dos mujeres que permanecían orando en sus reclinatorios se acercó al confesionario.

—Ave María purísima.

—...

—Ave María purísima —insistió al no obtener respuesta.

La penumbra instalada alrededor del confesionario no le permitía a la mujer descubrir la mirada rabiosa de Hernando tras la celosía.

—¡Habla! Has pecado, ¿no? ¡Pues desembucha o que el infierno te lleve!

El clérigo la observó sobrecogerse, aquel gesto revelaba la duda de quién estaría dudando en irse, aspecto que complació a Hernando.

—Sí, padre, he pecado.

Su voz asustada no provocó esta vez respuesta alguna en el sacerdote. Aquello pareció tranquilizar un poco el ánimo de la feligresa, que tras suspirar dudaba si habría sido buena idea convencer a su amiga para acudir ante aquel confesor del que se oía que era tan severo como capaz con sus advertencias y penitencias de limpiar hasta la más negra de las almas.

—Confieso haber reñido con mi nuera, acusarla falsamente de perezosa y poco trabajadora ante mi hijo.

—¡Maldita hipócrita! —susurró en bajo, pero con la suficiente claridad para ser escuchado. Tal cuestión contuvo aún más las palabras de la mujer, provocando que Hernando estallase en cólera.

—¿Nada más? ¡Recuerda que hablas ante Dios! Sé sincera por la salvación de tu alma.

La amiga que aguardaba para confesarse posteriormente, al escuchar aquellas voces que hacían ecos por las paredes de la iglesia, se encogió, miedosa, se puso en pie a la vez que se santiguaba y con paso inquieto buscó la salida. Afuera aguardaría por su compañera y la animaría a no volver a pisar aquel templo mientras Hernando de Asúa fuese su presbítero y confesor.

—A veces, hija mía, las respuestas parecen ocultas, y tentados por Satán nos complacemos en ofrecer una cara amable e insignificante de nuestros pecados, ¿me sigues, hija?

Repentinamente Hernando empleaba un tono sosegado y reconfortante al cobijo de una voz grave y cálida.

—Sí... sí, padre.

—Bien, entonces ahora vas a contármelo todo. No lo que habías planeado decir antes de venir aquí. No lo hagas porque es a Dios a quien te diriges ahora. ¡A Dios! —terminó gritando.

—Sí.

A Hernando le pareció que la mujer ahogaba un sollozo.

—Lo que has venido a contar, aun siendo grave y mezquino, no es toda la verdad. Tú escondes más, escondes pecados nunca confesos pero que hoy lo serán, porque la muerte, tu muerte y tu juicio, pueden llegar sin aviso... Y, dime, ¿estarías preparada?

¿Lo
estarías?

—Yo...

—¿Yo qué?

—Nada, padre.

—Te ayudaré. Estoy aquí para orientarte y ayudarte a que encuentres las palabras que desnuden tu alma. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—Eres viuda...

—Desde hace dos años, usted mismo ofició los funerales de mi esposo.

—Es cierto y le recuerdo bien. Era falso, ladronzuelo, envidioso e infiel, seguro que sabías que se dejaba los cuartos con los dados y las fulanas.

Ella no contestó.

—Y por ello sabemos que su alma no puede estar en los cielos. Con suerte penará en el purgatorio hasta que Dios en su misericordia le permita la entrada en su reino. ¿Te has preguntado cuánto tiempo podría estar así? ¿Cuál sería la purga adecuada para purificar su alma? Y eso sin que tengamos la certeza de que cometiese pecados mayores y no esté abrasándose en los infiernos eternamente.

—¡Padre, si usted mismo le dio la extremaunción! —respondió sin poder disimular un incipiente sollozo.

—Lo que no es óbice para que algunos incautos pecadores oculten hasta en el lecho de muerte sus terribles faltas. ¿Rezas por él?

—Sí, padre, todos los días.

—Eso está bien, yo rezaré por él y por ti también para que seas capaz de confesar tus pecados. El valor para hacerlo solo lo podrás encontrar en el arrepentimiento, de no conseguirlo, estarás condenada.

—Confesaré, padre, pero no sé qué decir, os lo juro, no sé qué...

—Simplemente contesta a las preguntas que Dios, por boca de este su siervo, te haga. Es elección tuya mentir o no. No es fácil, pues los hijos de Dios somos capaces de crear artimañas capaces de engatusarnos a nosotros mismos, incluso sabiendo que quien nos juzgará tras la muerte nunca podrá ser engañado.

Hernando articulaba frases cargadas de miedo, de ira y frustración. Por su parte, ella, absorta y temerosa, oía retumbar las palabras de Dios por boca del clérigo haciendo eco en las piedras de los muros de la iglesia. Arrodillada ante el confesionario, apretando las manos, entrelazados sus dedos hasta clavarse las uñas, suspirando por encontrar el camino para salvar su alma.

—¿Cuál es el castigo que inflige Dios?

—El infierno, padre, el infierno.

—Y el infierno es eterno. ¡Eterno! ¿Entiendes qué significa *eterno*? —gritó.

—Sí, ¡que no tiene fin! —sollozaba.

—Que no tiene fin, que no lo tiene, es eterno, repite conmigo esa palabra... eterno.

—Eterno.

—Es eterno —suspiró Hernando.

Entre los dos se instaló un repentino silencio. Sus mentes imbuidas por el miedo se sumergían en el significado de aquella palabra que resonaba en sus mentes como el tañer a muerto de una campana.

—¿Cuántos años tienes?

—Cincuenta y uno, padre.

—Céntrate ahora en el tiempo transcurrido desde tu niñez, en toda esa vida, y al tiempo imagínate pasar todo ese periodo abrasándote en el averno, en una agonía sin fin, en un terrible castigo de cincuenta y un años. ¿Eres capaz de imaginarlo?

—Sí.

—Pues cincuenta y un años no serían apenas un suspiro.

De pronto la voz de Hernando se quebró, el peso de sus palabras hacía presa en él y el terror dominaba su corazón, pero ya no podía detenerse.

Todos sus miedos y terrores sufridos desde niño regresaban. ¿Se habrían acaso ido alguna vez? Cobraban sentido en sus palabras, al reconocer yermo el árbol de su fe. Con los ojos humedecidos e intentando ahuyentar una leve congoja que amenazaba con derrumbarle, Hernando se mantuvo firme para sobreponerse sin que su oratoria concediese descanso.

—Nada serían porque vendrían después otros cincuenta y un años, y otros cincuenta y uno más después, y luego ciento, después mil, miles de años y nunca... ¡nunca tendrá fin ese castigo!

¿Lo entiendes ahora? ¿Entiendes el castigo al que Dios enfrenta a sus hijos? —clamaba a puro grito que casi parecía un quejido.

—Dios... Dios.

Negando con la cabeza, la mujer se encontraba invadida por una sensación en la que era incapaz de controlarse, imbuida de golpe en un abismo eterno, notaba cómo le faltaba el aire, una presión inmensa le atenazaba el pecho impidiéndole respirar y hablar.

Sus manos cubrieron un rostro, presa del llanto y horrorizado a la vez que Hernando asomaba su cabeza por el quicio del confesionario y seguía insistiendo a su temblorosa feligresa.

—¿Entiendes ahora a qué castigo nos enfrenta Dios?

—Sí, sí, lo entiendo, preguntadme lo que queráis, padre... yo, no sé... tengo miedo.

—¡Y qué más dará ahora lo que te pregunte! ¡Qué más dará! Si el más terrible de los pecados que pudieses cometer no es nada comparado con el castigo al que este Dios vengativo te condenará.

Hernando, sugestionado por sus propias palabras, señalaba con dedo acusador a un cristo que, retorcido de dolor desde su cruz, era el único testigo de lo que allí acontecía.

Salió del confesionario y caminó hasta el altar, donde se dejó caer de rodillas buscando en las miradas severas de todas las imágenes de santos de la iglesia una que le concediese un atisbo de comprensión, pero las figuras labradas en madera o esculpidas en piedra solo le mostraban indiferencia, nunca el consuelo que les suplicaba.

—¿A qué tanta crueldad, a qué? —hizo una pausa mascullando un sentimiento oculto que por fin era capaz de reconocer—

¿Qué sentido tiene crearnos para después castigarnos? ¡Te odio!

Y aquel “te odio” lo susurraba postrado de rodillas con la ca-

beza gacha, secándose con la manga de la sotana los mocos y lágrimas que invadían su rostro, avergonzado ante la mirada implorante del cristo que compungido agonizaba eternamente en la cruz, maldiciéndose por haber sido capaz de pronunciar aquellas palabras que creía ciertas.

La mujer arrodillada frente a la celosía del confesionario asistía atónita al derivar de aquel episodio. El cura, derrumbado en el suelo, parecía preso de un ataque de ira y pánico. Ella sentía tanto miedo de él como del sentido de las frases que profería y que retumbaban por los muros de la iglesia de Santiago. Aprovechando tal circunstancia se puso en pie buscando con prisa la salida del templo y jurándose que nunca contaría a nadie, ni siquiera a su compañera que la aguardaba inquieta bajo los soportales del templo, lo que allí había tenido lugar.

Algo más tarde y ya sereno, Hernando se sentó en las escaleras del presbiterio que subían hasta el altar. Con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en sus manos, meditaba sobre el trasfondo de sus palabras, y las conclusiones que obtenía le aturdíán. Pasados unos minutos, sonaron unos golpes en la puerta,

y al encontrarse abierta, la silueta de uno de los músicos asomó por ella. Poco a poco irían llegando el resto.

Hernando se refugió en una de las capillas laterales fingiendo que rezaba, pero en realidad solo aguardaba a que comenzasen a ensayar para asistir al único acto que se celebraba al abrigo de aquel recinto que serenaba su espíritu.

En el otro extremo de la villa, la mujer del confesionario ya se encontraba en su casa, eludió las numerosas e insistentes preguntas de su amiga sobre qué tal le había ido con aquel sacerdote que tanto gritaba, preguntas con una buena carga de reproche por haberse dejado convencer para ir donde aquel hombre. Para quitarse los temblores que el frío de diciembre provocaba en su cuerpo y quizás el miedo también, tomó un tazón de caldo bien caliente. Reconfortada por el calor del líquido en sus tripas, se sorprendió pronunciando unas palabras, que al escuchar constató que habían salido de lo más hondo de su corazón:

—Yo tampoco creo.

Entonces, al saberse también condenada como aquel, rompió a llorar.